

tido de la novela, la importancia del cuerpo para los griegos, el tango y el tango en Borges, una defensa del libro, posibles conexiones entre Hölderlin y los u'wa, y muchos otros temas y subtemas. Todos estos artículos, ya también lo dije, son bellamente escritos, llenos de observaciones inteligentes, poblados de citas eruditas en varios idiomas, en especial en italiano (por fortuna traducidas al español), y logran profundas penetraciones en asuntos filosóficos que se relacionan con nuestra vida individual y social hoy y en otros tiempos. Nada que objetar en este campo. Del libro de William Ospina uno puede extraer no sólo hermosas y profundas citas, sino también ideas muy fecundas, que uno sabe muy pensadas, no inclinadas al facilismo estético ni de contenidos.

Yo disfruté mucho el libro. Hasta me sentí invitada a estudiar en la escuela de la noche. De todos los artículos, hubo varios que me atrajeron y me pusieron a pensar en cosas muy importantes, por ejemplo, "La novela y la historia", en el que William Ospina hace importantes aportes para la comprensión no sólo del origen de la novela sino también de sus constituyentes y características diferenciales cuando se le compara con el cuento y el relato mítico o histórico. De hecho, creo que cualquiera que esté en la labor o bien de escribir una novela o bien de hacer crítica literaria, debería leerse este artículo en el que Ospina nos esclarece puntos claves, para sólo citar uno, como que la novela se diferencia de otros géneros porque "desde el comienzo fue un diálogo entre la ficción y la realidad, un diálogo entre lo verdadero y lo verosímil, un esfuerzo del mundo real por volverse ficción literaria y de la ficción por volverse realidad" (pág. 60).

Otro de los artículos que me gustó mucho fue "Las ciudades en la poesía", en el que aprendí cosas muy lindas, como que al inicio "desastre" quiere decir "lluvia de estrellas", y que la *Iliada* puede considerarse un poema urbano, "un canto a la destrucción de la ciudad" (pág. 33), que Baudelaire preconizó no sólo la poe-

sía maldita sino la poesía urbana, que no estaba equivocada cuando pensaba que hay "poetas [...] que saben que la plenitud de la vida está también en los antros infames y en las barriadas de la miseria [y que] la poesía está en cualquier parte y se [puede encontrar] incluso en [la] propia familia" (pág. 49).



De todos los artículos, el que más me gustó fue "Hölderlin y los u'wa" por las interrelaciones que el escritor Ospina encuentra, muy en su línea de pensamiento, entre este gran poeta alemán del siglo XVIII y los indígenas del nororiente de nuestro país, en lo que atañe a una manera particular de acercarse a la naturaleza. Este artículo, reminescente del buen salvaje, ya lo dije, también es muy delicado en su manera de estar escrito y contiene ideas de gran sabiduría como ésta: "Los hombres de conquista parecían esforzarse por no encontrar en América nada que fuera radicalmente nuevo: querían reconocer en lo que veían las obsesiones de su mundo de origen" (pág. 162). Esta idea me parece sabia porque muestra de manera contundente cómo los seres humanos nos relacionamos con el mundo: no mediante la visión de la realidad sino de nuestras propias proyecciones mentales. Para mí, observaciones agudas como ésta invitan a pensar sobre la condición humana y ponen en duda planteamientos según los cuales existe una verdad única. Desde luego, no estoy planteando que exista una realidad allá afuera, independiente del sujeto que la observa, pero sí me parece muy interesante que reflexionemos sobre este tipo de cosas con miras a que se operen

cambios radicales en cuanto a planteamientos fundamentalistas que aseguran poseer la verdad, cuando muchas veces no se trata más que de una visión condicionada por el aferramiento a lo ya conocido.

Por todo lo que he dicho, *La escuela de la noche* me parece un texto que hay que leer. Esta lectura, claro, o por lo menos desde mi punto de vista, no debe ser pasiva. Sin pretender atribuirle a William Ospina intenciones no declaradas, pienso que cuando este autor escribe no es para revelarnos una verdad en la que tenemos que creer sin cuestionar, sino para atraernos a un diálogo con él, quien plantea de manera sutil ideas con mucha fuerza y que ameritarían discusiones muy profundas. Así mismo, creo que William Ospina hace honor en su texto al epígrafe de Nietzsche que utiliza para el libro: "Y que todos los días en que no hayamos danzado por lo menos una vez, se pierdan para nosotros; y que nos parezca falsa toda verdad que no traiga consigo cuando menos una alegría". El libro de William Ospina me permitió danzar con su pensamiento, a veces con pasos discordantes, pero danza al fin de cuentas, lo que le agradezco, y me trajo la alegría de constatar que en Colombia hay escritores muy fértiles y muy inteligentes, entre quienes se destaca este ensayista, novelista y poeta.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Extraña y corta

Lara

Nahum Montt

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2008,
214 págs.

No sé si Carlos Vives está invitando a la niña de su corazón a regresar a Colombia cuando le dice en su canción "[...] espero tu regreso a la tierra del olvido [...]". Da casi igual

porque de lo que aquí se trata no es de desentrañar el fondo de esta canción. Y por ello, sin importar si nuestro reformador de los vallenatos se refería a Colombia o no, me doy cuenta de que el título de su canción, el mismo del álbum que salió al mercado en 1995, es un excelente nombre para Colombia, y por ello me lanzo a proponer que en lugar del eslogan “Colombia es pasión”, tremendamente reminisciente de un *copy* de marca comercial, le pidamos a Vives que nos ceda su idea para utilizarla en una nueva campaña aglutinante y realista para nuestro país, o nos la deje poner en el escudo nacional en lugar de “libertad y orden”, ya que, desde mi perspectiva, esto daría más cuenta de nuestra realidad.



En Colombia se nos olvida todo. Ya lo había metaforizado Gabo en *Cien años de soledad* cuando los habitantes de Macondo olvidan los nombres de todas las cosas. Como ellos, los colombianos no nos acordamos de nada, y no creo que ello se deba a que padecemos la enfermedad de Alzheimer de manera colectiva. Lo que pienso es que no nos da la gana, o nos da mucho miedo, o preferimos creer que lo que sucede se debe a la acción de otros por allá, quienes no tienen nada que ver con nosotros, que es un “mal menor”, una “molestia” caída del cielo o proveniente del infierno... O, siendo más benévola, tal vez podamos pensar que se deba a un mecanismo de defensa. Pero la paradoja es que este mecanismo de defensa, si así se le puede llamar, no termina de protegernos de nada, sino que nos enreda más y nos condena, como ya se ha dicho tantas veces, a repetir los mismos errores. Construimos empalizadas y murallas cada vez

más altas para evitar recordar y, finalmente, estamos tan encerrados por ellas que no logramos ver ni un centímetro más allá de nuestra propia prisión.

Nahum Montt ha escrito una novela sobre Rodrigo Lara Bonilla (1945-1984) que se publicita por la editorial como “una novela contra el olvido”... *Una novela contra el olvido*. Debo destacarlo porque me alegra que se piense que la literatura puede ser un antídoto contra este mal mayor que ha acabado con nuestro país, este trastorno mental y emocional que no nos deja aprender, que nos mantiene con los ojos cerrados, que hace que elijamos para representarnos hoy al matón de ayer y mañana al matón de hoy, que nos permite pasar página olímpicamente sin haber entendido la anterior y, al final, cuando nos toman la lección, ¡oh, horror! No hemos aprendido nada: “Es que no sabía...”. Desde luego, pienso que la literatura es un antídoto contra el olvido, pero que ahora lo diga una editorial y así lo promoció me parece un importante avance.

Lara Bonilla fue asesinado el 30 de abril de 1984. Su asesinato, como los miles que sucedieron antes y los miles que siguen sucediendo todavía hoy, nos dejó perplejos. En ese entonces, todavía éramos capaces de sentir perplejidad porque asesinaron a alguien... Hoy no parece importarnos, o se lo achacamos a que debía algo, o los medios masivos de comunicación nos embuten cualquier cuento chino, etc.

Cuando lo asesinaron, de Lara Bonilla conocíamos su brillante carrera y su pinta: un hombre muy joven con estilo de detective de *Los Intocables*, la famosa serie protagonizada por Robert Stack en el papel del detective Eliot Ness. Lara fue alcalde de Neiva a los veintitrés años de edad. Sabíamos que estudió en Bogotá y en París, que militó en el MRL, que compartía planteamientos ideológicos con Luis Carlos Galán y que había llegado al Ministerio de Justicia en el gobierno de Belisario Betancur no tanto por la acción de la maquinaria, sino por su

propio mérito e inteligencia. Una vez fue nombrado ministro, nos enteramos que tenía un enredo con un cheque de Evaristo Porras, enredo que le fue enrostrado sin que por ello el presidente le pidiera la renuncia. Una vez en el ministerio, Lara Bonilla se declaró acérrimo enemigo de Pablo Escobar y de todos sus secuaces. Coordinó el golpe contra el complejo coquero de Tranquilandia, donde se encontró el helicóptero que pertenecía o perteneció al papá de Álvaro Uribe, nuestro actual presidente, hecho que, entre otras cosas, nunca quedó del todo claro, pero que, por supuesto, se nos olvida. El planteamiento parecía bueno: aunque muchos políticos, comerciantes y gentes del común alababan y admiraban secreta o soterradamente a Escobar y al poder que representaba, al fin alguien se atrevía a gritarles en la cara a él y a su cuadrilla (Ernesto Lucena, Alberto Santofimio y otros especímenes similares) que eran unos criminales, así se disfrazaran con obras a lo Robin Hood o pretendieran, con su inteligencia natural y una agraciada retórica, hacernos cerrar los ojos ante la debacle que se nos venía encima.



Por su talento, y no por su pinta, pensamos que en Colombia se iban a vivir historias como las de Al Capone, registradas en algún capítulo de la mencionada serie protagonizada por Robert Stack, y hasta entreveíamos (o al menos deseábamos) un final feliz, en el que los villanos son vencidos y las gentes de bien —y no me refiero a quienes apoyaban y siguen apoyando las re-

des mafiosas de distinta índole del país, sino a personas como usted o como yo, a quienes nos conmueve la pobreza extrema, nos gusta la libertad y queremos partir de este mundo dejándolo un poco mejor que como lo encontramos— íbamos a vivir un periodo dichoso de verdad, justicia y reparación...



Pero no... La historia se tornó, más bien, en una película de esas donde los violentos, recontravio-lentos, triunfan, al estilo de *Kill Bill* (Tarantino, 2003-2004) o *Doberman* (Jan Kounen, 1997). De pronto oímos en las noticias que desconocidos le habían disparado a Lara cerca a su casa en el norte de la capital... El héroe que iba a ser murió sin que los médicos pudieran hacer nada por salvarle la vida. Todos dimos alaridos de dolor por lo que estaba sucediendo y por lo que sabíamos iba a seguir. La muerte de Lara Bonilla marcó el inicio de una época de terror que ha sido documentada en varios textos, algunos de ellos muy serios (por ejemplo el de Alonso Salazar Jaramillo, *La parábola de Pablo*, 2001) y otros sensacionalistas, casi como si fueran de farándula (como el de Virginia Vallejo, *Amando a Pablo. Odiando a Escobar*, 2007).

Entonces, Nahum Montt (nacido en Barrancabermeja en 1967) escribe una novela porque quiere que recordemos a Lara (aunque algunos quieran olvidar) y, como lo dice en

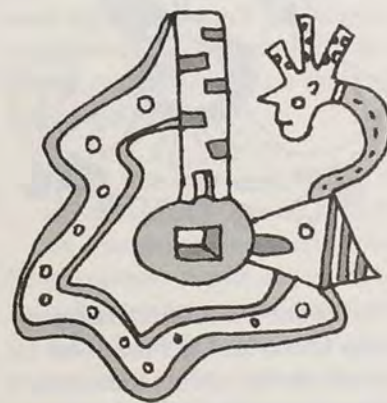
la dedicatoria de su libro, que también recordemos “a Nancy Restrepo de Lara, el otro lado heroico de [la] historia” [...]. Este es un primer objetivo muy loable, por así decirlo, de la novela. Necesitamos recordar para poder construir algo nuevo, sobre la base sólida de un pasado que no podemos ni queremos volver a repetir (o por lo menos aquellos que tenemos la facultad del recuerdo). Desde luego, no se trata de quedarnos empantanados lamentando los hechos del ayer, pero no cabe la menor duda de que quien no recuerda no aprende, y esto lo debe saber bien Montt, quien ha sido asesor pedagógico del Ministerio de Educación y sabe cómo es que se da el aprendizaje entre los seres humanos.

No obstante, la pregunta que pertinazmente me ronda es si el autor logra con su novela un antídoto eficaz contra el olvido. Me explico: para comenzar, el texto es muy experimental. Refiriéndose a éste dice la contracubierta: “basada en hechos reales, esta novela policíaca recrea con ritmo vertiginoso y eficacia narrativa una de las épocas más duras de la historia de Colombia”. Por eso digo que es experimental, porque es una novela policíaca contra el olvido histórico. Por supuesto, esto suena, cuando menos... interesante. De alguna forma invita y provoca. Sabemos que no va ser algo convencional o por lo menos nos alistamos para ello.

Tal vez catalogarla como una novela policíaca no fue idea de Montt sino de los publicistas. No logro saberlo. Acaso se trate de una novela policíaca posmoderna a la que yo no esté acostumbrada, pero el caso es que de policíaca le veo poco. Se salta todas las convenciones del género. No hay un héroe claro. No es Ramírez, el oficial del ejército (también asesinado después), quien por definición debía serlo. No es exactamente Lara, el personaje central, demasiado mustio como para ser héroe. No es Guillermo Cano, de quien apenas se dan algunas pinceladas y tampoco, gran desilusión, es la ahora viuda de Lara, quien apenas se insinúa como una sombra que

acompaña a su marido a ratos o le da la espalda en la cama cuando está enojada con él.

La novela es extraña... Aunque corta, no logré leerla de una sentada (y eso que me he leído otras, innombrables aquí, y en realidad malas, ¡de un tirón!). Pasa sin compasión de escenas de corte policíaco a escenas de corte intimista y a transcribir fragmentos de discursos y declaraciones. Quizá por eso es posmoderna, pero posiblemente por eso mismo su lectura no es fácil (quiero decir *encarretadora*), porque de alguna manera no fluye. Va a saltos. No logra dejar una idea clara, no nos queda un retrato de Lara sino fragmentos de su rostro dispersos en pedazos de espejos. El rompecabezas no se arma, de manera simple se dejan las piezas desperdigadas por ahí en un *collage*/montaje que pasa sin compasión alguna de lo fantástico, y casi mítico, a lo real prosaico, como las transcripciones, *verbatim*, de fragmentos de intervenciones ante el Senado.



Por eso me pregunto si será eficaz como antídoto contra el olvido... No es que todo tenga que ser lineal, literal y cronológico para que se entienda. Eso sería considerar al público como lo piensa Luis Ospina: “con atención de ardilla”, según lo expresó en una charla sobre Mayo de 1968. Pero, sin embargo, al terminar la novela me quedan muchas preguntas sobre si servirá para reconstruir a Lara, su papel histórico, su vida, su saga o confundirá un poco más nuestra memoria.

Las respuestas a estas preguntas me resultan elusivas y me siento casi al borde de declararme impedida para hacer esta reseña, pues conozco a Nahum, y lo aprecio, y no sé como decir, entonces, que su novela me dejó llena de interrogantes no tanto sobre Rodrigo Lara, sino sobre los géneros, los estilos, la poética en la prosa, el transgenerismo literario, la nueva crónica... Si Nahum lee esta reseña algún día, supongo que se dará por bien servido y soltará una carcajada sonora y despreocupada al saber que su novela me confundió, pues mientras trabajamos juntos supe que era una persona alejada de los convencionalismos y las linealidades, a quien le gustaba más confundir que traer respuestas claras y cerradas o, como lo dijo Jesucristo, que se ha trazado como misión sembrar no la paz (en este caso mental) sino la guerra.



No es que no valide el transgenerismo literario. De hecho, en los tiempos de hoy todo y todos somos transgeneristas: existe la música de fusión, hombres, mujeres y otros géneros nos ponemos la misma ropa, los metrosexuales ya no sólo son objeto de entrevistas en la prensa, sino que se ven en la calle y en la casa, los formatos televisivos son híbridos, etc. Desde luego, lo mismo pasa en la literatura. Ya no es tan fácil separar la crónica periodística de la novela o el cuento, ya los poemas no se escriben en versos con una métrica determinada ni mucho menos, la dramaturgia se ha convertido en *performance*, etc. Todo esto me parece no sólo bueno sino inevi-

table. No hay marcha atrás y siento que está bien ya que no añoro para nada ni el tiempo de los abuelos ni el de los bisabuelos. Sin embargo, en la novela de Nahum Montt no logro celebrar este transgenerismo posmoderno y, más bien, me deja un mal sabor, quizá porque me hice expectativas distintas a las que el autor mismo tenía o a aquellas que la editorial quiso promocionar.

Entonces, para que mi confusión no se transmita a los lectores de esta reseña, a quienes de manera enfática les recomiendo que lean el libro y se formen sus propios juicios, para terminar quiero incluir las palabras del autor, en una entrevista que aparece en la página web de Estereofónica.com cuando responde a la pregunta de por qué una novela sobre Lara Bonilla. En estos fragmentos de entrevista se expresa, de manera muy clara, cuál era la intención del autor al escribir la novela y, por ende, los lectores podrán juzgarla contra este parámetro.

¿Por qué Nahum Montt escribió una novela sobre el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla?

Desde la misma escritura de El eskimal y la mariposa —novela que explora los magnicidios ocurridos en Colombia en 1990, cuando fueron asesinados en plena campaña presidencial los candidatos Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro—, comencé a dilucidar una trama secreta que vinculaba estos crímenes con el de Luis Carlos Galán y el de Rodrigo Lara Bonilla. Digamos que estas muertes son las puntas visibles de un iceberg, son destellos que alumbran y nos conmueven en nuestra historia reciente. Crímenes impunes. Y estas novelas se escriben sobre ese manto de impunidad.

Comencé a investigar sobre el personaje y me encontré con muchas sorpresas, pues conservaba la imagen mediática de la época y descubrí un ser humano ejemplar, de principios, con un sentido profundo de lealtad, que cuando era más vulnerable fue abando-

nado por quienes se suponían eran sus más cercanos colaboradores. Y en esas circunstancias adversas nunca agachó la cabeza y continuó adelante, cumpliendo con su deber.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Una novela negra no tan negra

Los viernes son para Flash Gordon

Jaime García Saucedo

Editorial La Serpiente Emplumada, Bogotá, 2008, 210 págs.

Los viernes son para Flash Gordon es una novela que puede inscribirse dentro de lo que la crítica especializada ha dado en llamar *novela negra*, la cual se desprende o, mejor, es hija directa de la novela policíaca. Creo que su autor Jaime García Saucedo, colombo-panameño para más señas, teje su historia con muchas de las características que debe tener una novela de este género.

Sin embargo, también introduce en ella un ejercicio narrativo que, al mismo tiempo, pareciera negar esa condición. ¿Estamos, entonces, ante el desarrollo de una manera diferente de enfrentar la novela negra o de un avance que, valiéndose de muchas de sus características, generan un estilo novedoso y, de alguna manera, distinto? Voy a ensayar darme una respuesta. Comienzo por decirme que sí aunque, como es usual en nuestro país, por no ser publicada por una gran firma editorial, multinacional de ser posible, e impulsada por una campaña mediática bien precisa, se quede en el territorio de lo desconocido y, por tanto, a los críticos poco les interese desentrañar si es negra, blanca o amarilla. O a qué rama del árbol genealógico de la narración contemporánea pertenece. Y su autor estará en la obligación de hacer un trabajo que no le corresponde.